

—Mi padre me ha prevenido esta mañana que estuviese preparada, porque sus negocios quizás nos obligarian á salir de Paris.

Mario se estremeció al oír la fatal noticia.

Cuando terminamos la vida, morir es partir; pero al principiarla, partir es morir.

Hacia seis semanas que Mario, poco á poco, por grados, iba tomando de día en día posesion de Cosette; posesion enteramente ideal, pero profunda. En el primer amor se toma el alma antes que el cuerpo; despues se toma el cuerpo antes que el alma, y algunas veces no se llega á tomar el alma. Los Foblás y los Prudhomme añaden: "Porque no existe,": afortunadamente este sarcasmo es una blasfemia.

Mario, pues, poseia á Cosette como poseen los espíritus, pero la envolvía con toda su alma y la poseia con increíble conviccion. Poseia su sonrisa, su perfume, la irradiacion profunda de sus ojos azules, la suavidad de su cutis cuando le tocaba, la encantadora señal que tenia en el cuello y todos sus pensamientos.

Se habian prometido no dejar de soñar uno con otro cuando dormian, y se habian cumplido la palabra. Poseia, pues, tambien todos los sueños de Cosette.

Al lado de Cosette creia estar cerca de su gloria y de su felicidad, cerca de su déspota y de su esclava.

Les parecia al uno y á la otra que habian mezclado sus almas de tal modo, que si hubiesen querido volver á tomar cada uno la suya no habrian podido conocerlas.

Mario era algo de lo que formaba parte de Cosette, y ésta algo de lo que formaba parte de Mario; éste sentia que la jóven vivia en él, y poseerla era para él lo mismo que respirar.

En medio de su fé, de su embriaguez, de la posesion virginal é inaudita, sintió caer estas palabras: "Vamos á partir", y la voz brusca de la realidad le gritó: "Cosette no es tuya!".

La realidad despertó á Mario, que habia vivido seis semanas, como antes dijimos, fuera de la vida; las palabras "salir de Paris", le hicieron entrar en ella rudamente.

No pudo contestar; Cosette sintió que helaban entre las suyas las manos de Mario, y le preguntó á su vez:

—Qué tienes?

El respondió con voz tan débil que apenas le oyó Cosette.

—No te he oído. Mi padre me encargó que prepare la ropa para meterla en la maleta; que tenia precision de emprender un viaje, que íbamos á salir de Paris, que arreglase otra maleta para él, y que quizás iríamos á Inglaterra.

—Eso es monstruoso, exclamó Mario.

En aquel momento creyó la imaginacion exaltada del enamorado jóven que ningun abuso de poder, ninguna violencia ni abominacion del más atroz tirano, de Busiris, de Tiberio ó de Enrique VIII, podria igualar á la ferocidad del señor Fauchelevent, de llevarse á su hija á Inglaterra por tener negocios allí.

—Cuándo partirás? preguntó con débil voz.

—No me ha dicho cuándo.

—Y cuándo regresarás?

—Tampoco me lo ha dicho.

Mario se puso en pié y preguntó con frialdad:

—Cosette, ireis?

La pobre niña le miró con sus hermosos ojos llenos de angustia, y preguntó casi inconscientemente:

—A dónde?

—A Inglaterra. Ireis?

—Por qué me habláis de vos?

—Os pregunto si ireis.

—Qué quieres que haga? exclamó ella, juntando las manos con aficcion.

—Es decir, que ireis?

—Si vá mi padre!

—Ireis!

Cosette cogió la mano de Mario y la apretó sin contestar.

—Está bien; entonces yo me iré á otra parte.

Cosette sintió, más que comprendió, el significado de la frase anterior, de despecho ó de amenaza: palideció de conmocion y balbuceó:

—Qué quieres decir?

Mario la miró; despues levantó lentamente los ojos hácia el cielo y respondió:

—Nada.

Cuando bajó la vista observó que Cosette le miraba y se sonreia. La sonrisa de la mujer querida despide tanta claridad que disipa las tinieblas.

—Qué tontos somos! Me ocurre una idea, dijo ella.

—Cuál?

—Si salgo de Paris con mi padre, sal tú tambien. Te diré dónde voy y tú vendrás á buscarme.

Mario estaba ya completamente despierto; vivia en plena realidad.

—Partir con vosotros! exclamó. ¡Estás



MARIO Y COSETA.

loca! Para eso necesito dinero y carezco de él. Cómo he de ir á Inglaterra! Debo doscientos francos á Courfeyrac, que es un amigo mio, que tú conoces. Solo tengo este sombrero viejo, esta levita sin botones, la camisa rota que llevo, estas botas que se calan: hace seis semanas que no me ocupo de nada y no te lo he dicho. Soy un miserable. Como tú solo me ves de noche, me concedes tu cariño; pero si me vieses de dia me darías una limosna. ¡Ir yo á Inglaterra, cuando ni siquiera tengo para pagar el pasaporte!...

Cuando acabó de hablar se recostó contra un árbol, de pié, poniendo los dos brazos encima de la cabeza y apoyando la frente en la corteza, sin sentir que ésta le arañaba, ni la fiebre que le golpeaba las sienes, inmóvil y á punto de caer al suelo, como la estatua de la Desesperacion. Y así permaneció mucho tiempo; al fin volvió la cara y oyó detrás de sí un ruido ahogado y triste.

Era que Cosette estaba sollozando.

Mario se acercó á ella, cayó de rodillas á sus piés, la cogió la punta del pié que le asomaba por debajo del vestido y la besó.

Cosette, silenciosa, le dejó hacer. Hay momentos en los que la mujer acepta como diosa sombría y resignada la religion del amor.

—No llores, dijo Mario.

—¡Voy á partir y tú no puedes venir conmigo! exclamó ella.

—Me amas? la interrogó él.

—Te adoro, le contestó Cosette sollozando esas palabras celestiales.

Mario continuó hablando con acento cariñoso:

—No llores; te ruego, te suplico que no llores.

—Y tú, me amas? le interrogó la jóven.

Mario, apoderándose de sus manos, la contestó:

—Nunca he dado á nadie mi palabra de honor, porque darla me causa miedo. Creo que al comprometerla estoy al lado de mi padre. Pues bien; te doy palabra de honor de que si te vas moriré.

Se desprendía del acento con que pronunció estas palabras melancolía tan tranquila y tan solemne, que Cosette tembló. Sintió el frio que causa la revelacion de lo sombrío y verdadero: esta impresion hizo que dejase de llorar.

—Escucha lo que voy á decirte, repuso Mario; no me esperes mañana.

—Por qué?

—No me esperes hasta pasado mañana.

—Pero por qué?

—Ya lo sabrás.

—Un dia sin verte! Eso es imposible!

—Sacrifiquemos un dia para conquistar quizás toda la vida.

Mario añadió á media voz y aparte:

—Es hombre que por nadie cambia sus costumbres y solo recibe de noche.

—De quién hablas? le preguntó Cosette.

—Yo!... yo no he dicho nada...

—Qué es lo que esperas?

—Vendré pasado mañana.

—Lo quieres así?

—Sí.

Cosette cogió la cabeza de Mario entre sus manos y se irguió sobre la punta de los piés para igualar las estaturas y para leer de cerca los pensamientos de éste en las pupilas de sus ojos.

—Mario continuó:

—Conviene que sepas las señas de mi casa, por lo que pueda suceder: vivo en casa de mi amigo Courfeyrac, calle de la Verrerie, núm. 16.

Sacó un cortaplumas del bolsillo y con la hoja escribió sobre el yeso de la pared:

Calle de la Verrerie, 16.

—Te ha ocurrido una idea? ¡Dime qué es lo que piensas para que yo pase buena noche!...

—Mi pensamiento es que es imposible que Dios quiera separarnos. Espérame pasado mañana.

—Qué haré hasta entonces? preguntó Cosette. ¡Tú eres libre y puedes ir y venir! Los hombres sois muy dichosos. Yo me quedo aquí sola, yo voy á estar muy triste. ¿Qué vas á hacer mañana por la noche? Dímelo.

—Voy á intentar algo que nos salve.

—En ese caso, rogaré á Dios y pensaré en tí hasta que lo consigas. No te pregunto más, ya que no quieres revelármelo. Eres mi señor. Pasaré la noche cantando el coro del *Enryanto*, que tanto te gusta y que oíste una noche debajo de mi ventana. Pero pasado mañana vendrás temprano, no es verdad? Te esperaré esa noche á las nueve en punto, te lo advierto ya. ¡Dios mio, qué triste es que los dias sean tan largos!... Al dar las nueve estaré en el jardin. Lo oyes?

—Y yo tambien.

Sin decirse nada, movidos por el mismo pensamiento, arrastrados por las corrientes eléctricas que establecen comunicacion continua entre dos almas,

embriagándose ambos de deleite hasta en sus dolores, cayeron uno en brazos de otro sin notar que se habían juntado sus labios, mientras que sus ojos, llenos de éxtasis y de lágrimas, contemplaban las estrellas.

Cuando Mario salió del jardín, la calle estaba desierta ya; salió en los momentos en que Eponina seguía á los bandidos hasta el boulevard.

Durante el tiempo que pasó Mario meditando con la cabeza apoyada en el tronco del árbol, le ocurrió una idea que él mismo juzgaba insensata é imposible. Se decidió á tomar una decision violenta.

VII.

El corazón viejo y el corazón joven frente á frente.

El señor Gillenormand había cumplido ya los noventa y un años. Seguía viviendo con su hija solterona en la calle de las Hijas del Calvario, núm. 6, en su casa antigua y propia. Como recordará el lector, era un vejete rancio de esos que esperan la muerte á pié firme, que se cargan de años sin doblegarse y á los que ni los pesares encorvan.

Esto no obstante, hacia ya algun tiempo que su hija decía: "Mi padre vá decayendo." No abofeteaba ya á las criadas ni golpeaba con el baston y dando gritos la puerta de la escalera cuando Basco tardaba en abrirle. La revolucion de Julio solo le exasperó durante seis meses. Vió con tranquilidad en el *Monitor* casadas estas palabras: "El señor Humblot-Conté, par de Francia." El anciano se abatía de día en día. No se doblegaba ni se rendía, porque esto era imposible en su naturaleza física y en su naturaleza moral, pero iba desfalleciendo interiormente. Cuatro años estaba esperando que volviese Mario, con la convicción de que el pícaro extraviado llamaría algun día á su puerta; y algunas veces, en momentos tristes, se decía que por poco que tardase quizás ya no lo volvería á ver: no le era insoportable la idea de morir, sino la idea de no volver á ver á su nieto.

Este pensamiento, que empezaba á apoderarse de su cerebro, le daba ratos muy amargos. La ausencia, como siempre sucede en los sentimientos naturales y verdaderos, solo consiguió aumentar el cariño que profesaba á Mario, que le había abandonado con tanta indiferencia.

En las noches de invierno, cuando el termómetro marca diez grados bajo cero, es cuando más se piensa en el sol.

El señor Gillenormand era incapaz de dar un paso para ir en busca de su nieto.

—Consiento antes en reventar, decía.

No creía tener la culpa de que Mario hubiese abandonado la casa, pero se acordaba de él con profunda ternura y con la muda desesperacion del anciano que está próximo á la tumba.

Principiaba á perder los dientes, y esto aumentaba su tristeza.

El señor Gillenormand, sin confesarlo á sí mismo, porque esta confesion le hubiera enfurecido y avergonzado, no había profesado tanto cariño á ninguna de sus queridas como á Mario.

Hizo colocar en su cuarto, cerca de la cabecera de su cama, un retrato antiguo de la hija suya que había ya muerto, la casada con el coronel Pontmercy, para poderlo ver en cuanto se despertase. Este retrato se pintó cuando su hija tenía diez y ocho años.

Un día de los que le contemplaba dijo:

—Ahora encuentro que está parecido.

—A mi hermana? le preguntó la señorita Gillenormand.

—Sí, á tu hermana y á él tambien, contestó el vejete.

Otro día, que estaba sentado con las rodillas juntas, los ojos casi cerrados y muy abatido, su hija se atrevió á preguntarle:

—Padre, ¿aun estais tan enfadado con él?

Se paró sin atreverse á decir más.

—Con quién? interrogó el anciano.

—Con el pobre Mario.

El vejete irguió la cabeza, puso el arrugado puño sobre la mesa y gritó con acento vibrante é irritado:

—Pobre Mario has dicho? ¡Es un pícaro, un ingrato vanidoso sin corazón; tiene mucho orgullo, es un malvado!

Volvió la cabeza á la otra parte de donde estaba su hija, para que ésta no viese que asomaba una lágrima á sus ojos.

Tres días despues rompió su silencio de cuatro horas para decir de repente á su hija:

—Ya te advertí que nunca me hablaras de él.

La señorita Gillenormand renunció, pues, á toda tentativa, sacando para sí la siguiente deducción:

—Mi padre dejó de querer á mi her-

mana desde que hizo la calaverada; es indudable, pues, que detesta á Mario.

"Desde la calaverada," quería decir, para ella, desde que se casó con el coronel.

Debe haber conocido el lector que la señorita Gillenormand no consiguió realizar su proyecto de que sustituyera á Mario su sobrino favorito, el oficial de lanceros.

Teodulo hizo fiasco; el vacío del corazón del anciano no se llenaba con cualquiera.

Teodulo, además, aunque deseaba heredar, le repugnaba esclavizarse; el viejo fastidiaba al lancero y viceversa. El teniente Teodulo era muy alegre, pero muy charlatan, frívolo y vulgar; buen vividor, pero no era hombre de sociedad; tenía queridas y hablaba mucho de ellas, pero siempre hablaba mal. El señor Gillenormand se cansaba de oírle contar las excelentes conquistas que hacía alrededor del cuartel, en la calle de Babilonia. Además, muchas veces el teniente se le presentaba de uniforme con la escarapela tricolor; todas estas cosas le hacían imposible, y el señor Gillenormand concluyó por decir á su hija:

—Ya me ha aburrido bastante Teodulo. No me gustan los guerreros en tiempo de paz. Recíbele tú si quieres; yo, casi, casi prefiero los acuchilladores á los que llevan el sable arrastrando. Además, es fanfarron como un matasiete; se aprieta el talle como una jovenzuela y gasta corsé debajo de la coraza, y esto es ser dos veces ridículo. El verdadero hombre no debe ser fanfarron ni pueril. Así, pues, te regalo á Teodulo.

—Sin embargo, es vuestro nieto, se atrevió á contestarle su hija.

El señor Gillenormand ni la contestó ni la hizo caso; en realidad, como tenía ingenio y comparaba, Teodulo solo sirvió para hacerle sentir más la ausencia de Mario.

A pesar de ser el 4 de Junio, una noche el señor Gillenormand tenía encendida la chimenea de su habitacion y había hecho salir de allí á su hija, que cosía en el cuarto inmediato. Estaba solo en su gabinete, adornado de pinturas pastoriles, con los piés sobre los morillos, medio rodeado por un biombo de coromandel de nueve hojas, recostado en la mesa, que sostenía dos bujías con pantalla verde, sumergido en un sillón de tapicería, con un libro en la mano, pero sin leer.

Su traje estaba cortado por el patron

de los increíbles, que era su moda, y se asemejaba á un retrato de Garat. Si hubiera salido con ese traje á la calle le hubieran seguido y perseguido los muchachos, pero cuando salía se cubría con una gran bata episcopal. En casa solo usaba la bata para levantarse y para acostarse.

—Eso le hace á uno parecer viejo, decía.

El señor Gillenormand se acordaba de continuo de Mario tierna y amargamente, más con amargura que con cariño, porque su ternura dolorida concluía por convertirse en indignacion. Estaba ya decidido á abrazar su partido y á aceptar el que le mortificaba. Empezaba á irse convenciendo de que no había motivo para que Mario volviese, que hubiera vuelto si quisiera, y por consiguiente que era preciso resignarse á no verle. Trataba de familiarizarse con esta idea, que le causaba dolor. Pero su naturaleza se rebelaba contra ella, y su casi paternidad tambien, y no lo quería consentir.—Cómo! exclamaba. ¡Y no ha de volver á casa!... Esta era siempre su muletilla. Con la cabeza inclinada sobre el pecho, fijaba vagamente en la ceniza de la chimenea la mirada triste é irritada.

Cuando estaba absorbido en esta tristeza, su antiguo criado Basco entró y preguntó:

—¿El señor quiere recibir al señor Mario?

El anciano se incorporó como un cadáver que se levanta al sentir una sacudida galvánica. Refluyó al corazón toda su sangre é interrogó:

—¿Qué señor Mario?

—No sé, respondió Basco, desconcertado por el aspecto de su señor. Nicola-sita acaba de decirme que está ahí un joven que dice llamarse Mario.

El señor Gillenormand balbuceó en voz baja:

—Que entre.

Permaneció en la misma actitud, con la cabeza temblorosa y con las miradas fijas en la puerta. Abrióse ésta y entró su nieto.

Mario se paró á la puerta, esperando que le hiciese pasar adelante. Su traje, en muy mal estado, no lo dejaba ver la oscuridad que producía la pantalla. Solo se veía claro su semblante tranquilo, grave y triste.

El señor Gillenormand, sobrecogido de estupor y de alegría, permaneció algunos momentos viendo solo una claridad, como si estuviese delante de una aparicion. Se sentía próximo á desfallecer; veía á Mario al través de un deslum-

bramiento, despues de cuatro años de ausencia. Le abarcó, por decirlo así, de repente, de un solo golpe de vista, y lo encontró hermoso, noble, distinguido, hombre formal, en actitud conveniente y con aspecto simpático. Tuvo deseos de abrirle los brazos, de llamarle, de abrazarle; la alegría le oprimia el corazon y le ahogaba, desbordándose de su pecho palabras cariñosas. Toda su ternura se abrió paso y le llegó hasta los labios, y por efecto del contraste que constituia su naturaleza, salió de ellos una voz áspera que dijo bruscamente:

—¿Qué venís á hacer aquí?

—Señor... baluceó Mario con embarazo, y no dijo nada más.

El señor Gillenormand deseaba que Mario se hubiera arrojado en sus brazos y quedó descontento del jóven y de sí mismo. Conoció que él habia sido demasiado brusco y que Mario estaba demasiado frio, y le causaba insoportable é irritante ansiedad sentirse tan tierno y tan conmovido en el interior y ser tan duro exteriormente. Volvió á estar amargado é interrumpió á Mario con aspereza:

—Entonces, á qué venís?

Este "entonces," significaba "si no vienes á abrazarme."

Mario miró con fijeza á su abuelo, cuya palidez le hacia semejante á un busto de mármol.

—Señor...

—Venís á pedirme perdon? ¿Habeis reconocido vuestra falta? le preguntó el anciano con acento severo.

Creia dar pié de este modo para que "el niño," se humillara é hiciera lo que él deseaba. Mario tembló al ver que queria que se retractase de haber defendido á su padre; inclinó la vista al suelo y respondió:

—No, señor.

—Entonces, exclamó con ímpetu el viejo, sintiendo dolor agudo y colérico, qué es lo que quereis?

Mario juntó las manos, avanzó dos pasos y dijo con voz débil y temblorosa:

—Quiero, señor, que me tengais compasion.

Estas palabras, que conmovieron al señor Gillenormand, momentos antes le hubieran enternecido, pero ahora era ya tarde. Se puso en pié; apoyó las dos manos en el baston; sus labios estaban pálidos, su cabeza vacilante, pero su alta estatura dominaba á Mario, que permanecia inclinado.

—Decís que os compadezca! ¡El adolescente pide compasion al anciano de noventa años! Estais en la vida y yo salgo; vais al teatro, á los bailes, al café y al billar; teneis talento, gustais á las mujeres, sois buen mozo, y yo escupo en la chimenea en medio del verano; sois rico, porque poseeis las únicas riquezas que existen, y yo tengo todas las pobreza de la vejez, la debilidad, el aislamiento. Teneis treinta y dos dientes, buen estómago, la vista clara, fuerza, apetito, salud, alegría, un bosque de cabellos negros; yo ya no tengo ni cabellos blancos. He perdido los dientes y voy perdiendo las piernas y la memoria. Veis delante un porvenir brillante; yo no veo ni gota, ¡tan metido estoy ya en la noche! Vos estareis enamorado, eso es indudable; ¡á mí ya nadie me quiere en el mundo!... ¡Y venís á pedirme compasion!... Moliére ha olvidado esta escena. Si así litigais en los tribunales, os felicito cordialmente.

Hizo una pausa: despues, con voz airada y grave, dijo:

—Pero veamos: qué quereis de mí?

—Señor, le contestó Mario, sé que mi presencia os enoja; vengo únicamente á pedir un favor; despues me iré en seguida.

—Sois un necio! exclamó el octogenario. Quién os dice que os vayais?

Estas palabras eran la traduccion del tierno pensamiento que atormentaba interiormente al señor Gillenormand; querian decir:—*¡Pídemelo perdon y ven á mis brazos!*—El anciano comprendia que Mario le volveria á abandonar dentro de pocos instantes, porque su mal recibimiento le entibiaba, porque su dureza le rechazaba; se decia todo esto, que aumentaba su sufrimiento, pero como su dolor se trocaba en seguida en cólera, su cólera iba tambien en aumento. Querria que Mario le comprendiese y Mario no le comprendia, y se ponía furioso.

—Cómo! exclamaba el anciano. ¿Habeis faltado á vuestro abuelo, abandonásteis mi casa para ir os no sé dónde, sumísteis en la afliccion á vuestra tia, quisísteis, porque esto os era más agradable, llevar la vida de jóven, hacer el dandy, volver á casa á cualquier hora, divertir os; no habeis dado señales de vida, habeis contraido deudas sin decirme que las pague, os habeis convertido en camorrista, y al cabo de cuatro años volveis á mi casa y no teneis que decirme más que eso?

Esta manera violenta de querer empujar al jóven hácia la ternura, solo consiguió hacer enmudecer á Mario. El señor Gillenormand cruzó los brazos, movimiento que en él era particularmente imperioso, y apostrofó á su nieto con amargura:

—Acabemos. Venís á pedirme algo? Decidlo. Qué es lo que quereis? Hablad.

—Señor, dijo Mario con la mirada extraviada del hombre que conoce que vá á caer en un precipicio; vengo á pedir os permiso para casarme.

El señor Gillenormand tocó la campanilla. Basco entreabrió la puerta.

—Decid á mi hija que venga.

Poco despues apareció en el gabinete la señorita Gillenormand. Mario estaba en pié, mudo, con los brazos caidos, como si fuese un criminal. El anciano paseaba en todas direcciones por la habitacion. Se volvió hácia su hija y la dijo:

—No es nada. Está aquí el señor Mario; dale los buenos dias. El señorito se quiere casar. Eso es todo. Ya puedes marcharte.

La voz breve y ronca del viejo presagiaba gran plenitud de ira. La tia miró á Mario con asombro; apenas aparentó conocerle; no hizo un gesto, ni pronunció una sílaba, y desapareció, obedeciendo el mandato de su padre.

Entre tanto el señor Gillenormand se habia recostado al lado de la chimenea, y continuó apostrofando á su nieto:

—Casarse á los veintiun años! ¡Ya que así lo habeis dispuesto, solo necesitais pedirme permiso!... Llenar esta formalidad. Sentaos. Hemos pasado por una revolucion desde que no he tenido el honor de veros, y han vencido los jacobinos. Debeis estar contento. No sereis ya republicano desde que sois baron, porque esas dos cosas son difíciles de conciliar... ¿Os han condecorado en Julio? ¿Habeis ayudado á la toma del Louvre? Conque quereis casaros? Con quién? Puedo preguntarlo sin ser indiscreto?

Hizo una breve pausa, y antes de que Mario tuviese tiempo para responder, preguntó, siempre con entonacion dura:

—Os habeis creado una posicion? ¿Hicisteis una fortuna? ¿Ganais mucho en el bufete?

—Nada, contestó Mario con rudeza y con resolucion.

—Nada! ¿Solo contais para vivir con la cantidad mensual que os he asignado?

Mario no respondió.

TOMO II.

—Entonces ya lo comprendo... será rica esa jóven.

—Como yo.

—¿Qué! No tiene dote?

—No.

—Y esperanza de tenerlo?

—Creo que tampoco.

—¡Vá al matrimonio enteramente desnuda! Y qué es su padre?

—No lo sé.

—¿Cómo se llama?

—La señorita Fauchelevant.

—Fauche... qué?

—Fauchelevant.

—Pists!...

—Señor...

El señor Gillenormand interrumpió á Mario, hablándose á sí mismo en voz alta:

—Eso es, veintiun años, mil doscientos francos al año, y la señora baronesa de Pontmercy irá á la plaza á comprar cinco céntimos de peregil.

—Señor, exclamó Mario con la angustia suprema del que vé desvanecerse su última esperanza; os suplico en nombre del cielo, y si es preciso de rodillas, que me deis vuestro permiso para casarme.

El viejo soltó una carcajada estridente y lúgubre, en medio de la que tosía y hablaba:

—¡Já! ¡já! ¡já! Os habeis dicho sin duda: voy á embaucar al vejete estrafalario; ¡qué lástima que yo no tenga veinticinco años! Cumpliria con él enviándole respetuosa tarjeta de aviso, y no necesitaba más. Pero es lo mismo; le diré:—"Viejo chocho, debes darte por dichoso consiguiendo verme; deseo casarme con la señorita Fulana, hija del señor Fulano; yo estoy sin zapatos y ella no tiene camisa; pero quiero desprenderme de mi carrera, de mi juventud y de mi porvenir, y hacer una escursion por la miseria con una mujer al cuello; tengo este capricho y es preciso que me lo consientas," y el viejo fósil consentirá. Anda, hijo mio, como tú quieras; á tate la soga y ahorcate.

—Padre mio!...

—Tu padre? Nunca!

Mario perdió por completo la esperanza al oír la entonacion que dió su abuelo á la palabra "nunca."

Atravesó el gabinete lentamente, temblando, con la cabeza inclinada, con más aspecto del que muere que del que se vá.

El señor Gillenormand le siguió con la vista, y en el momento en que Mario iba á cerrar la puerta y á desaparecer,

dió cuatro pasos con la viveza senil de los viejos impetuosos y coléricos, cogió á su nieto por el cuello, le hizo entrar en el gabinete, le arrojó en un sillón y le dijo:

—Cuéntame eso!

Solo las palabras *padre mio*, que se escaparon antes á Mario, causaron esta revolucion en el anciano.

Mario le miró asustado. El móvil rostro del Sr. Gillenormand solo expresaba en aquel instante ruda é inefable bondad. El abuelo se acababa de convertir en padre afectuoso.

—Vamos á ver, habla; refiéreme tus amoríos, charla, cuéntamelo todo. ¡Qué tontos son los muchachos!...

—Padre mio! volvió á decir Mario.

La fisonomía del anciano se iluminó de indecible resplandor.

—Sí, eso es, llámame padre!...

Dijo estas palabras con acento tan tierno, tan franco y tan paternal, que Mario pasó de repente del desaliento á la esperanza y se quedó aturdido y lleno de confusion. Estaba éste sentado cerca de la mesa; la luz de las bujías hacia resaltar lo estropeado de su traje, que el señor Gillenormand examinaba con asombro.

—Pues bien, padre mio...

—Ah! exclamó interrumpiéndole el anciano. ¿Será verdad que estás en la miseria? Vas vestido como un ladrón.

Abrió un cajón, sacó un bolsillo y lo dejó sobre la mesa.

—Toma, ahí tienes doscientos francos; cómprate un sombrero.

—Padre mio, continuó diciendo Mario, si supiéseis cuánto la amo!... ¡No os lo podeis figurar!... La primera vez que la ví fué en el Luxemburgo, que era donde ella iba á pasear. Al principio no me llamó la atención; pero luego, no sé cómo, me he ido enamorando. ¡Qué desgraciado me ha hecho esta pasión!... Por fin, ahora la veo todos los días en su casa; su padre no lo sabe. Figuraos que van á marcharse de Paris. Nos vemos todas las noches en su jardín. Su padre quiere llevársela á Inglaterra, y yo me he dicho: voy á ver á mi abuelo y á contárselo. Si se vá y yo me quedo perderé el juicio; enfermaré, me arrojaré al Sena, moriré. Es preciso que me case, porque sino me vuelvo loco. Esta es la verdad... creo que todo os lo he dicho. Vive en una casa con jardín que tiene verja, en la calle Plumet, cerca de los Inválidos.

El señor Gillenormand se habia sentado al lado de Mario. Mientras le esta-

ba oyendo saboreaba, no solo el sonido de su voz, sino tambien un polvo de tabaco. Al oír "calle de Plumet," detuvo la aspiración y dejó caer el polvillo sobre las rodillas.

—Has dicho en la calle de Plumet? Veamos. No hay por allí un cuartel? Sí, eso es. Tu primo Teodulo me habló de ella ya; el lancero, el oficial. Es una muchacha muy linda. En la calle Plumet, que se llamaba antes calle Blomet; ahora lo recuerdo. He oído hablar de esa verja y de ese jardín. No tienes mal gusto; dicen que es una jóven muy aseadita. Entre nosotros, te confesaré que creo que ese necio oficial la ha puesto la proa; no sé hasta qué punto habrá llegado; pero en fin, eso no es nada; además, que no se le puede creer, porque es muy jactancioso cuando se trata de conquistas. Me parece muy bien que un jóven se enamore; eso es propio de la edad en que te encuentras, y prefiero que seas enamorado á que seas jacobino; prefiero que te apasionen de unas faldas, de veinte faldas, á que te apasionen de Robespierre; á mí, en materia de *descamisados*, solo me gustan las *descamisadas*, porque las muchachas bonitas siempre son bonitas. ¡Conque la niña te recibe á escondidas del papá!... Eso es muy natural; me ha sucedido más de una aventura de ese género. ¿Sabes en ese caso lo que debe hacerse? No hay que tomar la aventura con ferocidad; no hay que precipitarse en lo trágico; no debe terminarse por matrimonio. Es preciso tener chispa y sentido comun. Tropezad, jóvenes, pero no os caseis. Cuando sucede un caso como ese se recurre al abuelo, que tiene buen fondo y algunos cartuchos de monedas de oro bajo llave, y se le dice: "Abuelito, esto me pasa." Y el abuelo contesta: "Pues es muy natural. Es preciso que la juventud se divierta y que la vejez se arrugue. Anda, hijo mio, que con el tiempo tambien dirás lo mismo á tus nietos. Toma quinientas pesetas y diviértete." No hay cosa mejor! Así debe conducirse ese negocio. No se llega hasta el matrimonio; pero eso qué importa! Me comprendes?

Mario estaba como petrificado; no pudo pronunciar ni una palabra; solo hizo con la cabeza un signo negativo.

El vejete se echó á reír, guiñó el ojo, le dió un golpecito en las rodillas, le miró con aire misterioso y le dijo:

—Tonto! Tómala por querida!

Mario hasta entonces no habia comprendido bien nada de lo que su abuelo

LIBRO NOVENO.

A dónde van?

—*Qui radis*—

I.

Juan Valjean.

le decia; confusamente habia pasado por su imaginación la calle de Blomet, el cuartel, el lancero, como vision fantasmagórica, pareciéndole que el viejo chocheaba; pero comprendiólo todo con claridad al oír las últimas palabras que injuriaban mortalmente á Cosette. La frase *tómala por querida* le penetró en el corazón como una espada.

Pálido, desencajado, cogió el sombrero, que estaba en el suelo, y se dirigió hácia la puerta con paso firme y resuelto; al llegar á ella volvió la cabeza, se inclinó ante su abuelo; luego se irguió y le dijo:

—Hace cinco años insultásteis á mi padre; hoy habeis insultado á mi mujer. Ya no os pido nada. Adios.

Asombrado el señor Gillenormand, abrió la boca, extendió los brazos y probó á levantarse; pero antes de poder pronunciar una palabra se habia ya cerrado la puerta y desaparecido Mario.

El anciano permaneció inmóvil algunos minutos, como si á sus piés hubiera caído un rayo, sin poder respirar ni hablar, como si le apretase la garganta vigorosa mano.

Por fin se levantó del sillón, corrió hácia la puerta con la velocidad que á su edad se puede correr, la abrió y gritó:

—Socorro! Socorro!

Acudieron en seguida su hija y los criados, y les dijo con angustioso acento:

—Corred detrás de él! Cogedle!... ¿Qué le he hecho yo? Está loco! Dios mio! ¡Se vá! Se vá! Ahora sí que no vuelve!...

Se acercó á la ventana que daba á la calle, la abrió, se asomó á ella sacando fuera medio cuerpo, de tal modo, que Basco y Nicolasa tuvieron que tirarle por detrás, y gritó con desconsuelo:

—Mario! Mario! Mario! Mario!

Su nieto ya no podia oírle; en aquel instante habia doblado la esquina de la calle de San Luis.

El octogenario se llevó dos ó tres veces las manos á las sienes con angustia, retrocedió temblando y se recostó en el sillón, sin pulso, sin voz, sin lágrimas, moviendo la cabeza y agitando los labios, siendo víctima de vehemente y profundo sentimiento.

Aquel mismo día, á las cuatro de la tarde, estaba solo Juan Valjean sentado en una de las cuevas más solitarias del Campo de Marte. Ya por prudencia, ya por el deseo de recogimiento que sigue á los cambios insensibles de costumbres que se introducen poco á poco, entonces salia pocas veces con Cosette.

Llevaba traje de obrero y la ancha visera de la gorra le ocultaba el rostro. Estaba tranquilo y era feliz respecto á su ahijada, desde que creia que fué una ilusión lo que en otro tiempo le asustó; pero hacia ya dos semanas que le perseguía una inquietud de otra clase. Al pasearse un día por el boulevard vió á Thenardier, pero éste no le conoció, gracias al disfraz: desde entonces le habia visto varias veces y adquirió la certidumbre de que rondaba su barrio. Esto le bastó para determinarle á tomar resolución terminante. Thenardier representaba para él toda clase de peligros. Además, Paris estaba en ebullición, y las agitaciones políticas ofrecen el riesgo, para todo el que tiene algo que ocultar en su vida, de que la policía anda inquieta y recelosa, y al seguir la pista de hombres como Pepin ó Morey, podia muy bien tropezar con hombres como Juan Valjean. Por eso éste se decidió á salir de Paris y hasta de Francia, á irse á Inglaterra, y habia prevenido á Cosette que queria partir antes de ocho días.

Estaba, como dijimos, sentado en una cuestecilla del Campo de Marte, dando vueltas en su cerebro á estas ideas: Thenardier, la policía, el viaje y la dificultad de sacar el pasaporte.

Todo esto le inquietaba, y además un hecho inexplicable que le sorprendió y que aun le tenia impresionado. Aquel día se levantó á la madrugada, y paseando por el jardín antes de que Cosette abriese la ventana descubrió este letreiro, grabado en la pared, probablemente con un clavo:

Calle de la Verrerie, 16.